

do de la *Pinta* una escena entre Martin Alonso y tres indios de la isla de Guanahani que iban en su compañía.

## Capítulo VIII.

### La desercion de la *Pinta*.

Rodrigo de Triana, que iba constantemente al lado de los indios de la *Pinta*, les dirigió varias preguntas, y participando de la ilusion que se habia apoderado de la imaginacion de todos los europeos al hallarse en presencia de tantas maravillas, se figuró que al señalarle ciertos parajes, le habian dado á entender que allí habia mucho oro.

Comunicó esta noticia á Martin Alonso Pinzon, y su capitan dispuso que los indios se presentaran á él.

De la escena mímica que sostuvo con ellos coligió que les quedaban cuatro dias de camino para llegar á Cubanacan.

Estas palabras, que oyó pronunciar repetidas veces á los indios, le hizo creer que lo que encontraría

al cabo de cuatro dias de camino era la córte de Cublai-Kan, ó soberano inferior.

Como que tambien se guiaba por el mapa de Toscanelli y habia recibido de Colon todas las ideas respecto de la costa de Asia, tradujo las incomprensibles palabras de los indios y sus indicaciones mímicas, creyendo que Cuba no era una isla, sino tierra firme, que se extendia hácia el Norte, y que el rey que la dominaba sostenia guerra con el gran Kan ó emperador del celeste imperio.

Nada más lejos de la intencion de los indios que comunicarle estas noticias.

Habian pronunciado, en efecto, la palabra Cubanacan, pero cubacan queria decir en su lenguaje *centro*, y lo que aquellos habian manifestado era que necesitaba cuatro dias para llegar al centro de la isla.

Pero Alonso Pinzon, seguro de haberles entendido, comunicó á Colon aquellas noticias, y substituyó su ilusion de la isla de Cipango con otra no ménos lisongera.

En efecto; creyó que habia llegado al continente de la India, como él decia, y se figuró estar cerca de Mangui y Cathay.

Partiendo de este falso supuesto, buscó los medios de hallar el rio que debia conducirle al paraje que le habian indicado los indios.

Pero cuanto hizo por hallar el camino, fué inútil.

Siempre encontraba cabos, no hallaba hanco al-

guno, y por otra parte se levantó un fuerte viento contrario, que le obligó á guarecerse en un punto abrigado, donde habia estado dos ó tres dias antes.

El dia 1.º de Noviembre envió sus botes á la playa, y en ellos algunos marineros con el encargo de explorar el terreno.

Las chozas estaban desiertas.

—Sin duda se han figurado que nuestras carabelas son una de las expediciones que envia á menudo el Gran Kan para coger esclavos, —pensó Colon.

Por su parte mandó otro bote á la orilla é hizo que fuese un indio de intérprete, encomendándole que anunciase á los habitantes del país las pacíficas y bienhechoras intenciones que les animaban.

¡Espectáculo extraño!

El gran conquistador del Nuevo Mundo, en aquellos momentos, por sus creencias falsas, por sus exageradas ilusiones, se asemejaba al tipo eterno, de quien dos siglos despues nos dió tan admirable retrato el gran Cervantes!

El indio, poniéndose de pié sobre el bote, comenzó á dar grandes gritos, á los que audieron algunos de los habitantes de la costa que se habian guarecido en los bosques.

Al verlos se arrojó al agua y se encaminó á la orilla.

Los indígenas se acercaron á él, conversaron unos y otros largo tiempo, y logró tranquilizarlos por com-

pleto, puesto que al anochecer rodeaban muchas canoas las carabelas, y los indios que iban en ellas se apresuraban á ofrecer á los españoles objetos de algodón y otros artículos de los productos naturales de su país.

Ninguno de ellos iba adornado con zarcillos de oro, y creyendo Colon que ocultaban aquel metal precioso, para obligarles á que se lo llevaran á bordo prohibió á los suyos comerciar con ellos en los demás productos del país.

Sólo un indio llevaba en las narices una pieza de plata labrada.

Este habló con Colon, y el almirante supuso que le decia que el rey vivia como á unos cuatro días de distancia en el interior del país, que le habian enviado muchos mensajes, anunciándole la llegada los extranjeros á la costa, y que no tardarian en recibir órdenes de él respecto de cómo habian de tratarlos.

Apropiando á su ilusion las mal interpretadas palabras de los indios, y poseido de un vivo deseo de apresurar su marcha á la córte del Gran Kan, decidió no esperar la llegada de los enviados del rey, y dispuso que dos embajadores suyos fuesen á visitarlo en su nombre.

Aquella vez escogió á Rodrigo de Jerez y á Luis de Torres.

Este último era un judío renegado que sabia el hebreo, el caldeo y el árabe.

Natural era que un principe oriental, como se le

imaginaba Colon, pudiese comprender alguno de estos tres idiomas.

Acompañáronle dos indios, uno de ellos de Guahani; el otro era el del adorno de plata en las narices.

Dió á los embajadores sartas de cuentas y otros varios objetos de escaso valor, y les encargó que comunicasen al rey que habia llegado hasta allí para presentarle una carta de los monarcas de Castilla y establecer con él relaciones amistosas.

Encargóles asimismo Colon que examinasen la situacion y la distancia de las provincias, puertos y rios que en su concepto, y con arreglo al mapa que les servia de guia, debian hallar en el camino.

Para efectuar su viaje y dar la vuelta se les concedieron seis dias.

Mientras tanto que los calafates carenaron y repararon las embarcaciones, Colon, con alguno de los suyos, recorrió en los botes el rio, y desembarcando en un sitio que le pareció digno de exámen, subió á la cumbre de una colina, desde donde creyó que podria dominar el interior de aquel continente.

La gigantesca vegetacion que se desarrollaba en todo aquel espacio le impidió realizar su deseo.

Ansioso de hallar oro y piedras preciosas, mostró á los indios que hallaba á su paso oro y perlas que llevaba de Europa, y creyó entenderlos que hacia el Sudoeste habia un país cuyos habitantes adornaban su cuello y brazos con metales y piedras como aquellas.

Al mismo tiempo mezclaban estas noticias con extravagancias, ó por lo ménos tal parecian á Colon y á los suyos, puesto que indicaban que en aquellos países donde nacia el oro y habia piedras preciosas se hallaban hombres que solo tenian un ojo, y otros con cabezas de perro.

Como la raza á que se referian los indios eran los caribes que de cuando en cuando llegaban á su isla para asolarla, nada de extraño tiene que los considerasen como mónstruos, y que al describirlos exajerase la pintura el terror de que se hallaban poseidos.

Al carenar los buques para calentar la brea, tomaron los marineros leña de la que habia más próxima.

Después de examinarla, se convencieron de que era almáciga.

Llamaron la atención de Colon sobre esto, y convencidos de que no se engañaban, pensó por de pronto que podrian reunirse allí todos los años lo ménos mil quintales de esta preciosa goma.

En sus investigaciones vegetales descubrió la patata, humilde raiz poco apreciada entonces, como dice muy bien un historiador, pero que después ha sido más preciosa aún que el oro y las especias del Oriente, que aquellos navegantes querian hallar en los parajes que visitaban.

El 6 de Noviembre regresaron Rodrigo de Jerez y Luis de Torres con los indios, y á su llegada se reunieron en torno suyo sus compañeros, ávidos de saber lo que habian visto.

—¡Atencion, atencion!—dijeron todos, guardando silencio en seguida para oír á Rodrigo de Jerez, que fué el primero que dió cuenta de la mision que habia desempeñado.

—Apenas nos separamos de la orilla,—dijo,—anduvimos á través de bosques muy espesos unas once ó doce leguas, y llegamos á un lugar formado por unas cincuenta casas, como las de la costa, pero algo mayores.

En todas ellas debian albergarse unos mil habitantes.

Recibidos con la mayor solemnidad, nos condujeron á la mejor casa, nos hicieron sentar en una especie de taburetes entallados figurando cuadrúpedos, y formados de una sola pieza, nos ofrecieron frutos y legumbres, y después de cumplir estos deberes de cortesia y hospitalidad, tomaron asiento sobre el suelo en derredor nuestro y se aprestaron á oír lo que teníamos que decirles.

Aquí fué ella.

—En efecto,—añadió Luis de Torres,—yo les hablé en hebreo, en caldeo y en árabe, pero no me entendian, y en esta situacion hice señas al indio de Guanahani para que les participara quiénes éramos y el objeto que llevábamos.

Hablóles éste entonces, y sin duda ensalzó nuestro poder, nuestra liberalidad, porque al acabar nos miraron los indios con veneracion.

Algunos de ellos hasta nos tocaban el rostro y los vestidos, y no pocos besaban nuestros piés y nues-

tras manos como si fuéramos sus ídolos. Terminada esta ceremonia se alejaron los hombres, y entraron las mujeres, las cuales, á su vez, nos adoraron de la misma manera.

Lo único que hemos notado, es que hay entre ellos ciertas gerarquías, un jefe al que obedecen todos, y esto es lo único que los diferencia de los habitantes de las demás islas que hemos visitado.

—¿Pero no habeis hallado al príncipe, al soberano de estas tierras?—dijo Colon.

—No hay más corte que el pueblo de las cincuenta casas, ni más soberano que el indio en quien hemos creído ver su jefe. Ni el menor vestigio de oro ni otros preciosos metales hemos hallado en el camino, y al preguntar por estos objetos á los indios, nos han indicado que los hay muy lejos, hácia el Sudoeste.

De nuevo quedaron defraudadas las esperanzas de Colon, y determinó ausentarse de aquella costa.

Pero al notar su resolución los habitantes de la isla que le rodeaban, manifestaron gran sentimiento por su partida, pidiéndole que pasase con ellos algún tiempo.

Al ver que no lograban sus deseos, muchos de ellos se decidieron á acompañarlos, imaginando sin duda que iban á remontarse al cielo.

Colon solo llevó á uno de los principales indios de aquella costa y un hijo suyo, y habiendo oído repetidas veces pronunciar á los indios las palabras Babeque y Bohio, le pareció que le dijeron que hácia el Oriente se recogía mucho oro.

Por la noche, á favor de la luz de las antorchas de un país que allí veía, dispuso inclinarse hácia aquel sitio.

La predisposición del almirante á traducir en un sentido favorable á sus ilusiones las palabras que oía pronunciar, le hacía creer que Bohio era el nombre de una isla, cuando en el idioma indígena solo significa *casa*, y querían indicarle los indios que en el paraje que le indicaban había muchas, y buscó aquella isla ilusoria.

Antes de apartarse de aquella isla, decidió enviar á España algunos indios, con el objeto de que aprendiesen el idioma español y pudieran servir de intérpretes en los futuros viajes.

Haciendo una concesión á la naturaleza, los llevó de ambos sexos.

Eran tales los sentimientos religiosos que el entusiasmo despertaba en su alma, que la idea de convertir á todos aquellos salvajes y hacerles comprender la verdadera fé, lo consideraba como uno de los triunfos más gloriosos que le estaba reservado alcanzar.

Las investigaciones que había hecho para averiguar cuál era su religión, le habían demostrado que apenas profesaban alguna.

Observaban con la mayor veneración y reverencia las ceremonias religiosas de los españoles, las repetían, y muchos de ellos hacían la señal de la cruz con edificante devoción.

Las únicas nociones que tenían eran las de que

el alma es inmortal, de que al separarse del cuerpo volaba á los bosques y á las montañas, y vivia perpetuamente en las cavernas.

No suponian que se perdiesen las necesidades corporales despues de la muerte.

Al contrario; creian que al vagar en los bosques y montañas, lo mismo que al guarecerse en las grutas, encontraban toda clase de alimentos.

Los ecos los consideraban como voces de los espíritus, que respondian á aquellos con que sus hermanos vivientes les llamaban.

El 12 de Noviembre se dirigió Colon hácia el Este-sud-este para retrogradar en direccion á la costa.

En aquellos momentos podia muy bien, tomando otra direccion, convencerse del error que padecia, bien navegando para la costa de Florida, ó tocando en la costa opuesta de Yucatan, con cuyo motivo hubiera anticipado el descubrimiento de Méjico.

Pero la Providencia tenia reservada esta gloria al inmortal Hernan Cortés.

Navegó, pues, durante algunos dias á lo largo de la costa sin detenerse á explorarla, no descubrió en ella ninguna ciudad poderosa, y al llegar á un gran cabo, que denominó cabo de Cuba, se dirigió á la soñada isla de Babeque.

El viento arreció de tal manera, y se embraveció el mar con tal furia, que no tuvo más remedio que guarecerse en un profundo y seguro puerto, al que dió el nombre de Puerto-Príncipe.

Alli trascurrieron para él algunos dias explorando, con auxilio de las lanchas, un archipiélago de reducidas, pero encantadoras islas que se hallaban muy poco separadas unas de otras, archipiélago al que dió el nombre de Jardin del Rey.

El golfo que rodeaba estas islas recibió el nombre de Mar de Nuestra Señora.

Como las demás que habia visto hasta entónces, estaban pobladas de gigantescos árboles, entre los que abundaban la almáciga y el aloe.

En Puerto Príncipe subió á una elevada montaña y colocó en ella una cruz, signo convencional que ponía en todas las islas que tomaba, como símbolo de la posesion.

Apaciguada la furia de las olas, resolvió proseguir su marcha.

El viento soplaba del Oeste, viró hácia el Nordeste y al anochecer se habia alejado ya unas seis ó siete leguas del puerto del Príncipe.

Desde aquella altura descubrió tierra como á unas sesenta millas de distancia y creyó por las señas que los indígenas le hicieron que era la deseada isla que buscaba.

Prosiguió el mismo camino, el viento le fué favorable, pasó por cerca de la Isabela, en donde no quiso desembarcar para que no se fugasen los intérpretes indios de Guanahani que llevaba á su lado, lo cual no hubiera sido difícil, porque aquellos empezaban á experimentar la nostalgia; al pasar cerca de su patria le dirigian miradas llenas de profunda triste-

za y pronunciaban frases que no podían entender los europeos, pero que podían traducirse por un adiós sentido á aquella tierra en donde habían visto la luz.

De pronto el mar tomó una actitud amenazadora y ante el peligro determinó Colón volver á Cuba.

Era ya de noche y dispuso que se colocara en el palo mayor de la *Santa María* una linterna encarnada que debía servir de señal á las otras dos carabelas para que la siguiesen.

La *Pinta* se hallaba á bastante distancia.

Colón mandó repetir las señales, pero sin obtener resultados.

Ya muy entrada la noche acertó vela y se mantuvo todo lo que pudo á la capa.

Al romper el alba pudo ver cerca de él á la *Niña*.

Pero la *Pinta* había desaparecido.

—¡Traición, traición!—gritaron todos los que iban en el navío almirante.

Colón al pronunciar esta palabra había presumido, en efecto, que la desaparición de la *Pinta* era un acto alevoso de su segundo Alonso Martín Pinzón.

¿Cuál era la causa de este imprevisto acontecimiento?

Vamos á saberlo.

## Capítulo IX.

### Los proyectos de Pinzón.

Antes de pasar adelante, conviene bosquejar un poco más la figura de Martín Alonso Pinzón, para que se comprenda á qué sentimiento había obedecido al cometer aquella felonía con su jefe y amigo.

Martín Alonso pertenecía á una familia de marinos, rica y de gran prestigio en el puerto de Palos.

Desde niño había emprendido viajes á todos los puntos conocidos de Oriente á donde podían llegar las embarcaciones, y había adquirido su imaginación un gran desarrollo, al mismo tiempo que la sed de riquezas se había apoderado de su alma.

Las largas temporadas que había pasado en el mar, su vida independiente y en cierto modo aventu-